

**DORA
BERDUGO**

(Recibido: 24-03-2016;
Aceptado: 10-06-2016)

Resumen

Raúl fue un anticomunista, influenciado por la sociedad griega clásica. Se veía a sí mismo como un aristócrata que se ocupaba de cosas excelsas ligadas a la estética, por lo cual su visión del teatro no buscaba representar la igualdad social, despreciar las riquezas y a los ricos, como era común en el gremio. Raúl se decía defensor de la clase media porque ésta representaba el equilibrio, ya que al tener resuelto lo básico, para no desear y tener que vivir en función de la supervivencia, y no tener de sobra, para dedicar su vida a tener que seguir almacenando y cuidando lo conseguido para no perderlo, se podía ocupar de pensar, crear y hacer aportes en todas las áreas del conocimiento. Sólo la clase media bien orientada es suficientemente creativa y tiene todo para seguir allí.

Palabras clave

Amistad, público, loco, anticomunista, historia, mitología, literatura.

Abstract

Raul was an anti-communist, influenced by classical Greek society. He saw himself as an aristocrat who dealt supernal things related to aesthetics, so his vision of the theatre did not seek to represent social equality, despise riches and the wealthy, as it was common in the Guild. Raul said defender of the middle class because this represented balance, since having resolved the basics, not wishing to have to live in the survival function, and not have to spare, to devote his life to having to continue storing and caring for what has been achieved to avoid losing it, I could deal with think, create and make contributions in all areas of knowledge. Only well oriented middle class is sufficiently creative and has everything to follow there.

Keywords

Friendship, public, crazy, anti-communist, history, mythology, literature.

El Raúl de mis recuerdos

Raúl Gómez Jattin, con todo el conjunto de contradicción que rodea su vida, se ha convertido en un nombre obligado dentro de la literatura colombiana. Muchos se reconocen sus amigos o parientes después de muerto, pero tal vez por esa apariencia feroz que tuvo cuando lo visitaba la locura, prefirieron estar lejos de él, ya que no a pocos agredió de distinta forma.

Raúl era un hombre realmente grande, medía como 1.83 metros, tenía una cabeza enorme, su mirada era profunda con un dejo de tristeza y nostalgia, su barba le ayudaba a ocultar el

deterioro de sus dientes. Tenía brazos gruesos y fuertes, manos grandes pero delicadas. Pies grandes y llenos de callos por las largas caminatas descalzo cuando estaba enfermo; por ellos sufría mucho, al punto que un día, por el dolor de pies, llegó tarde a un recital que tenía en la biblioteca Bartolomé Calvo del Banco de la República. Tras esperarlo largas horas, apareció majestuoso y sonriente con los pies descalzos y elegantemente vestido, diciendo: “disculpen mi tardanza, no crean que vine con los pies descalzos para imitar a Gonzalo Arango, lo hice porque el dolor de

mis callos no me deja usar calzado, pero una vez que comience la lectura este tema quedará olvidado”. Los asistentes nos quedamos contentos,

había valido la pena esperarlo. Hubo aplausos, se le pidió uno y otro poema y, como de costumbre, actuó como ese dios que se adora:

Soy un dios en mi pueblo y mi valle
no porque me adoren sino porque yo lo hago,
porque me inclino ante quien me regala
unas granadillas o una sonrisa de su heredad

Conocí a Raúl Gómez Jattin en 1989, un mediodía en una cafetería que se encuentra en esquina con la calle de la Universidad de Cartagena y la calle del Sargento Mayor, llamada “Las Malvinas”, mientras esperaba para hablar de literatura a dos amigos que teníamos en común: Franklin Arroyo y Jaime Díaz Quintero. Raúl se apareció con su voz de ultratumba, sacó una silla de enfrente de la mesa donde estaba yo sentada, y me preguntó si podía acompañarme. En ese instante pensé: ¿Para qué pide permiso si ya está ahí? Me invitó una gaseosa y no la acepté. Me soltó su risa infernal en la cara y me dijo: “En todo caso el despreciado no soy yo, sino la gaseosa”.

Fue un momento de tensión. Con mis gestos y respuestas monosilábicas pensé que le quedaría claro que no quería su compañía y que tendría que marcharse cuando llegaran mis amigos.

Me contó que era escritor, tenía cinco libros, y que precisamente estaba por encontrarse con un amigo para ultimar el lanzamiento de su quinto libro titulado *Los hijos del tiempo*. Pensé: “quién sabe qué tipo de tonterías escribirá este dichoso ‘poeta’”.

Tal parece que Raúl disfrutó incomodarme. Me preguntó qué hacía allí: lo mismo que usted, espero a unos amigos, para conversar, contesté. En ese instante aparecieron mis amigos y, ¡oh sorpresa!, Raúl esperaba también a Franklin. Relajada, ellos me comentaron quién era Raúl, vi que el libro estaba prologado por Rómulo Bustos, que la portada era de Bibiana Vélez, y comencé a pensar que debía leerlo. Me invitó a la presentación y le prometí asistir. Me dijo: “Tú vas a ser mi amiga aunque no lo quieras”, frase que lejos de gustarme o sorprenderme me causó el más profundo fastidio: ¿Y este

tipo qué se cree? Me quiere imponer su amistad a la brava, no está ni tibio.

De allí en adelante a Raúl lo vi en todas partes y sentí curiosidad por su obra. En la biblioteca Bartolomé Calvo encontré sus libros: *El libro de poemas* y el *Tríptico cereteano*. Los leí y quedé impactada: me gustó el sentido trágico, su narración y la descripción de los contextos. La relación poema-poeta. Encontré que esos versos estaban escritos para ser representados. Raúl era exitoso en sus recitales, conmovía a su público: entraba en su escenario como el actor que era e interpretaba el papel del poeta estrella.

Después del lanzamiento de *Los hijos del tiempo*, Raúl cumplió su promesa de ser mi amigo. Se paraba frente a la entrada de la Universidad de Cartagena, me saludaba con cariño, me regalaba cuanto texto publicaban sobre él. Cuando iba a verme con mis amigos, me agarraba de la mano y me pedía que lo acompañara a tomar un café y así, poco a poco, se metió en mis afectos, al punto de que hoy, diecinueve años después de su muerte, lo recuerdo y es inevitable que por mis ojos rueden lágrimas.

Siempre he creído que hasta el sicario merece su duelo, y que todos los humanos representan al otro tal como fue su relación con

ellos. Por eso el hijo del peor de los criminales tiene el derecho de llorar a su padre si este fue cariñoso con él. Soy consciente de que Raúl, como dice su poema, “No era bueno de una manera conocida”. Pero independientemente de la imagen social que proyectara el *Loco*, él no llegó a la poesía por estar enfermo ni fue un privilegio para él quedar en la calle; a él le tocó y la vivió, simplemente. Este Raúl que yo recuerdo no es el mismo del que especulan los que sólo conocieron su poesía, o de aquellos que lo trataron en sólo un tramo de su vida, sino el del hombre cariñoso que me jugó una broma el día que lo vi por primera vez, y después no hizo sino brindarme su mejor lado. Con él no tengo quejas ni resentimientos, aunque reconozco que era violento cuando estaba enfermo; conmigo no lo fue. Aun en el período más largo que estuvo sin tratamiento médico y en la calle; me reconocía: “Estoy así de flaco gracias a una estricta dieta de chitos con Kola Román”.

Raúl, en el taller de literatura que con él hice durante varios años, me mostró otra cara de la poesía de Luis Carlos López; a quien admiraba profundamente, lo veía como un poeta mayor y no como el común de la gente que cree que el Tuerto solo escribía cosas chistosas sobre

personajes de Cartagena. A través de su padre Joaquín Pablo Gómez Reinero conoció el valor de este escritor que fue amigo de su tío, el caricaturista Raúl Gómez Reinero, de quien acotaba: *no era tuerto sino bizco*.

Por otra parte, Raúl fue un anticomunista, influenciado por la sociedad griega clásica. Se veía a sí mismo como un aristócrata que se ocupaba de cosas excelsas ligadas a la estética, por lo cual su visión del teatro no buscaba representar la igualdad social, despreciar las riquezas y a los ricos, como era común en el gremio. De-

cía: “Los poetas nos vengamos con los poemas, pero no siempre lo hacemos contra una persona en especial, sino contra toda la sociedad”.

Raúl se decía defensor de la clase media porque ésta representaba el equilibrio, ya que al tener resuelto lo básico, para no desear y tener que vivir en función de la supervivencia, y no tener de sobra, para dedicar su vida a tener que seguir almacenando y cuidando lo conseguido para no perderlo, se podía ocupar de pensar, crear y hacer aportes en todas las áreas del conocimiento. En sus conversaciones me decía:

Los pobres son demasiado necesitados para dedicarse a lo creativo, en ellos la creación debe ir ligada a conseguir el día a día; y los ricos tienen tanto apego a su dinero que, si la poesía no es una inversión, tarde o temprano la abandonarán. Sólo la clase media bien orientada es suficientemente creativa y tiene todo para seguir allí.

Sobre el siguiente poema:

El que no entendió nunca

Fuiste un testigo indolente

Ni comprendiste

Ni ayudaste a la víctima.

Fuiste un cómplice de la perfidia y la ignorancia

Tácitamente aceptaste

Que aquel hombre no valía la pena

Cuando lo llevaban al matadero
Estabas cerca de él
Y sólo miradas de rencor le prodigaste.
Cuando te preguntaron
Si aquel amigo que aparecía en sus poemas eras tú
Lo negaste airado.
Hoy que vives entre cosas cotidianas,
¿Te olvidas de aquella época ilustre
Cuando a tus pies tuviste la poesía?

Nunca le creí que fuera escrito sin tener en cuenta a un ser en particular. Creo que se trata de una amistad rota, y no una crítica frontal contra una clase de seres humanos que, por apego al dinero, olvidan a los amigos cuando caen en desgracia. En Cartagena, Raúl tenía amigos adinerados que siempre le socorrieron, como el escritor Ricardo Vélez Pareja. En alguna ocasión yo fui con Ricardo para pedirle ayuda para su medicación, porque él sabía que, de no tomarla, le sobrevendría la locura, y Ricardo, sin ningún miramiento, se despojó de toda ocupación y salió a conseguirla. Pero ya era demasiado tarde, Raúl había suspendido hacía tiempo sus medicinas, la locura le llegó ante nuestros ojos. Lo único que se pudo hacer fue internarlo en el psiquiátrico.

Raúl siempre me procuró. Nunca me admitió un no por respuesta, así que si decidía que debía cuidar de mí lo hacía por encima de mi voluntad. Me acompañaba a tomar el bus cuando yo quería quedarme a tomar cerveza en el parque de San Diego con mis amigos. Él dormía temprano, las 10 era su hora límite; si me veía, me agarraba del brazo y me decía: “Dora, a esta hora una niña decente no está en la calle y menos tomando trago”, y yo sin oponerme, me iba resignada a dormir, ante la risa de mis amigos que intentaban esconderme; pero él tenía *ojos de gavilán* y me veía de lejos.

Raúl se ocupaba de que yo merendara en la universidad, porque a su juicio era dema-

siado delgada. Me invitaba a comer diariamente cuando estaba sano, dos *quibbes* con dos avenas. A eso de las 8:45 de la mañana llegaba a la puerta de mi salón de clase, y yo tenía que salir porque no se quitaba de allí. Los profesores, como temían que se pusiera agresivo, me decían: “Váyase que ya la vinieron a buscar, no se preocupe, después se pone al día”.

Me regalaba flores, dulces, dibujos y libros. Cantaba algunas veces mientras conversábamos. Tenía un gusto especial por la canción “Mediterráneo”, de Serrat; me comentaba que eran amigos, y que lo admiraba mucho. Yo pensaba que era una ocurrencia, pero tuve la certeza del aprecio que este artista sentía por él cuando leí en el libro de José de Ory, que Joan Manuel Serrat no sólo lo reconocía sino que también lo consideraba su amigo.

Raúl tenía un especial aprecio por el trabajo, aunque este no fuera muy santo. Cuando fue habitante de la calle, no mendigaba, sino que exigía prácticamente que le dieran dinero a manera de chantaje o un atraco disimulado. Debido a su apariencia agresiva, y por temor a su reacción, la gente le daba dinero. Él considera al ladrón un “hermano”

porque vive, como él, la marginalidad; robar, decía, es más digno que pedir, y quien se dedica a este oficio es un trabajador porque se busca la vida.

Por ser maestro de Historia en el Colegio Marceliano Polo de Cereté, lugar donde vivió gran parte de su vida, tenía mucha información en su cabeza; amaba la mitología, era un contador de historias que le salían en versos, por ello, un día después de mucho reflexionar, escribió su libro *Los hijos del tiempo* con el cual pretendió demostrar que era un hombre de una cultura universal, que conocía la historia y el mito, pero que también le parecían dignas de trascender las vidas de los amerindios como Moctezuma, el Cacique Zenú, y la de él con sus padres. En su poema, “Lola Jattin”, recrea ese ciclo de los personajes, míticos e históricos, con él mismo como el último de los hijos del tiempo. Porque Raúl sabía que por su obra sería parte de la historia de la literatura colombiana, pero por la forma como llevó su vida sería un mito y, como decía Efraim Medina Reyes, “Nosotros sus amigos, los que hemos vivido con él este tiempo, somos los encargados de crear y fortalecer ese mito”.

Lola Jattin

Más allá de la noche que titila en la infancia.
Más allá incluso de mi primer recuerdo
está Lola -mi madre- frente a un escaparate
empolvándose el rostro y arreglándose el pelo

Tiene ya treinta años de ser hermosa y fuerte
y está enamorada de Joaquín Pablo -mi viejo-.
No sabe que en su vientre me oculto para cuando
necesite su fuerte vida la fuerza de la mía

Más allá de estas lágrimas que corren en mi cara
de su dolor inmenso como una puñalada
está Lola -la muerta- aún vibrante y viva
sentada en un balcón mirando los luceros
cuando la brisa de la ciénaga le desarregla
el pelo y ella se lo vuelve a peinar
con algo de pereza y placer concertados

Más allá de este instante que pasó y que no vuelve
estoy oculto yo en el fluir de un tiempo
que me lleva muy lejos y que ahora presiento

Más allá de este verso que me mata en secreto
está la vejez -la muerte- el tiempo inacabable
cuando los dos recuerdos: el de mi madre y el mío
sean sólo un recuerdo solo: este verso

De sus libros tuvo afecto por *El esplendor de la mariposa*, lo consideraba el más sintético y un paso a lo espiritual. Le dolió mucho que la crítica dijera que era un texto de decadencia. El libro de *Poemas*, por ser el primero, lo veía como un ejercicio introductorio al libro que le consagró: *El tríptico cereteano*. Le quedó un libro completo sin publicar llamado *Los pájaros del verano* (aún inédito). Este libro también tiene poemas breves, muy cercanos a la síntesis que estaba buscando, y también un poema extenso, pero incompleto, que explica su relación con la locura y los sanatorios.

En suma, el Raúl de mis recuerdos es ese amigo que me acompañó a estudiar, quién me brindó su afecto y cuidados en medio de la locura, quien me brindó lo mejor de sí, en vida. El mismo que siguió presente en mi vida, aún después de su muerte; con quien he seguido conversando desde la memoria y los sueños, tal como lo podía hacer el cacique Zenú con don Tomás de la Cruz Gómez, en su poema “El cacique Zenú”. Como aquél, también deseo que Raúl pueda olvidar lo que sufrió:

El cacique Zenú

Llegaron los Gómez Fernández Morales y Torralbo
con ese Cristo muerto y amenazante e incomprensible
a cambiarnos la vida las costumbres y la muerte
¿Les iría tan mal en la tierra española
que cruzaron el mar en sus canoas de vela
a venirse a vivir para siempre con nosotros?
A mi parecer son agradables y buenos
pero su Semana Santa es nuestra época florida
y si quieren rezar que lo hagan pero que no quieran
impedirnos que vayamos hasta la ciénaga
a buscar la icotea la babilla y el pájaro chavarrí
Me gustan sobre todo los Gómez y los Torralbo
y entre ellos don Tomás de la Cruz Gómez

que aunque era canónigo sabía hablar y reír
Sabía de todo y mucho y no se metía en mis creencias
Desde que lo mataron por revolucionario
–el ejército español– y colocaron su cabeza
en una jaula de hierro a la orilla del río
no he hablado con nadie tan íntimamente como con él
Ojalá que su dios se haya acordado de su alma
Por mi parte yo he rogado a los míos para que cuiden
a don Tomás y lo hagan olvidar lo que sufrió

*Raúl: el poeta histórico y el hombre
mito que quería ser recordado sólo por su
poesía y por su capacidad de amar su arte,
por su teoría estética, llamada por él Senti-
dismo, y no por la forma en que llevó su exis-*

tencia al no poder encajar en un mundo que
le impidió amar su propia vida; tal como lo
expresó en sus poemas “*Me definiendo*” y “*Con-
juro*” que transcribo a continuación, a manera
de conclusión.

Me definiendo

Antes de devorarle su entraña pensativa
Antes de ofenderlo de gesto y palabra
Antes de derribarlo
Valorad al loco
Su indiscutible propensión a la poesía
Su árbol que le crece por la boca
con raíces enredadas en el cielo.
Él nos representa ante el mundo
con su sensibilidad dolorosa como un parto

Conjuro

Los habitantes de mi aldea
dicen que soy un hombre
despreciable y peligroso
Y no andan muy equivocados
Despreciable y Peligroso
Eso ha hecho de mí la poesía y el amor
Señores habitantes
Tranquilos
que sólo a mí
suelo hacer daño

